

La imagen pública de los poetas de la generación del 50: Jaime Gil de Biedma

SELENE MARTÍN DA CUÑA

Recibido: 01/12/2020. Aceptado: 15/12/2020.

Cómo citar: Martín da Cuña, Selene, “La imagen pública de los poetas de la generación del 50: Jaime Gil de Biedma”, *Notas Hispánicas* 6 (2020): 30-43.

Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/nh.1.2020.30-43>

INTRODUCCIÓN

La autoconstrucción de una imagen pública en el mundo de la literatura viene dándose desde hace siglos. En España es significativo el ejemplo que nos aportó Lope de Vega a través de numerosas acciones, como llegar a crearse un escudo propio o buscarse un epíteto grandilocuente (“El Fénix de España”), en un afán ennoblecedor que daba aún más prestigio a su obra entre sus contemporáneos. Sin embargo, a pesar de lo antiguo de este mecanismo, pocos han sido los estudios que aportan información respecto al asunto de forma general.

Resulta sumamente interesante, a este respecto, el trabajo de Greenblatt *Renaissance Self-fashioning. From More to Shakespeare* (1984), donde aparece el concepto de *self-fashioning*, es decir, el automodelado al que me vengo refiriendo. En él explica: “[...] fashioning may suggest the achievement of a less tangible shape: a distinctive personality, a characteristic address to the world, a consistent mode of perceiving and behaving” (1984, 2).

El modelado autorial implica, pues, una personalidad característica, un discurso (o una seña) distintivo ante el mundo y un modo particular tanto de percibir como de comportarse. Greenblatt insinúa el hecho de que el *self-fashioning* se podría remontar a tiempos muy más anteriores al Renacimiento (“[God] fashioned unto the shape of his son”). Pero, a mi parecer, lo más relevante de la definición de este concepto para este estudio es la siguiente frase: “self-fashioning [...] functions without regard for a sharp distinction between literature

and social life” (1984; 3), es decir, que el *self-fashioning* se articula sin tener en cuenta una distinción clara entre la literatura y la vida social.

Como puede resultar obvio, en cada época el ser humano ha tenido diferentes posibilidades de automodelar su propia imagen en un ámbito público. En cada época el hombre ha dispuesto de diversas herramientas que le han sido propicias para este fin: la pintura, la escultura, las ágoras, los foros, los mentideros, los grafitis, la literatura, la prensa, la fotografía y la televisión, pero actualmente también las redes sociales, que ya han sido aprovechadas para tal fin, en una auténtica ingeniería de producción de presencia autorial, como ha estudiado Escandell Montiel (2015).

En el caso de los autores pertenecientes a la Generación del 50, nacidos en torno a los años 20, muchos de ellos murieron a lo largo de los años 90 (como es el caso de Jaime Gil de Biedma o José Agustín Goytisolo), mientras que otros dejaron este mundo ya en el nuevo milenio (Ángel González), y solo una minoría sigue con vida (como Francisco Brines o Antonio Gamoneda); evidentemente, cabe descartar el estudio del uso de las redes sociales en el *self-fashioning*.

Como apunta Morán Rodríguez, “es sin duda la difusión doméstica de la televisión, en los años 60 y 70, lo que incrementará exponencialmente la relevancia de las apariciones públicas de los escritores” (2018; 40). Los poetas del grupo que nos ocupa vivirán ese boom televisivo, aunque de manera algo tardía, de manera que todos ellos tenían ya definida una personalidad literaria y pública cuando la televisión se generaliza en los hogares españoles. ¿Cómo se fabricaron estos autores, pues, un *yo* público? Lo hicieron a partir de varios medios: la fotografía¹, la televisión, la radio, la prensa, el boca a boca (se puede hablar de un anecdotario) y su propia obra. Este proceso no implicó únicamente a casa una de las personalidades individuales del grupo, sino que, de manera en cierto modo similar a lo ocurrido con la Generación del 27 —aunque tal vez sin el alto grado de cohesión que a esta le imprimieron ciertos hechos generacionales—, el conjunto se ligó también a una imagen determinada (“señoritos de nacimiento / por mala conciencia escritores / de poesía social”, *Diarios*, 2015; 116),

¹ Cabe recordar el destacado papel de las fotografías Oriol Maspons o de Colita (a quien nos referiremos más adelante) en la imagen proyectada por el ámbito intelectual de la *gauche divine* catalana.

bien a través de escritos, bien a través de interminables noches en el Bocaccio. Y, por supuesto, posteriormente (póstumamente incluso) algunos estudios o escritos realizados por amigos, personas cercanas a los poetas o investigadores también han contribuido a asentar las imágenes que en vida trataron de idear para sí y proyectar.

De todos ellos, especialmente interesante resulta el caso de Jaime Gil de Biedma. En una reciente y aireada polémica suscitada por el homenaje que el Instituto Cervantes rindió al poeta el 15 de enero de 2021, se criticó que dicho homenaje hiciera hincapié en las virtudes morales de un autor cuyo uso del término *moralidades* era, cuanto menos, irónico, y que en sus propios diarios había reflejado episodios escasamente edificantes². No me centraré aquí en esta polémica *post mortem* que involucra a muchos, pero no a Gil de Biedma, sino en aquella parte de su modelado como autor sobre la que sí tuvo control en vida, aunque está claro que en un autor con la conciencia autorial que él despliega esa imagen autorial se proyecta más allá del cómputo de sus días, en la dimensión de la fama, que siempre escapa al control de los escritores y que por eso mismo excita su ansiedad.

Son numerosos los datos que se pueden recabar sobre él para estudiar la imagen pública que se construyó, empleando para ello fuentes fotográficas, televisivas, prensa, biografías y memorias de otras personas hablando sobre él, fundamentalmente. Comencemos, no obstante, por la más importante de todas: la reflejada en su obra.

Al considerar la construcción de su identidad autorial, cobran suma importancia textos como sus ensayos, epístolas y diarios, que complementan la parte central de su producción, esto es, la lírica. En concreto, a partir de los diarios, recientemente editados por Andreu Jaume en su totalidad (2015), se puede llegar a un estudio de la imagen pública que se construyó nuestro poeta. Aunque todos son de gran interés, he valorado para mi estudio tan solo el primero, *Retrato del artista en 1956*. Con el *self-fashioning* hacemos referencia a un fenómeno plenamente intencional por parte del autor, por lo que, si a esto le sumamos el hecho de que fue únicamente este diario el que Jaime Gil de Biedma revisó para su publicación (aunque esta fuese

² José Luis Pardo, <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/cultura/letras-protestadas-sobre-el-caso-gil-biedma> Rebeca Argudo, Julio Valdeón <https://www.larazon.es/cultura/20210124/jlkfcvwwggh37kyh4ug2k3ngu4.html>

post mortem) ello hace que el resto de diarios (que el autor no tuvo intención de publicar) hayan quedado fuera de nuestra consideración, a pesar de que también contengan datos relevantes. De hecho, esta idea que anoto enlaza con la que su propio editor apunta en el prólogo de los diarios:

El *Diario de "Moralidades"* es muy distinto, tanto en el tono como en la intención, del *Retrato*, donde la actitud del poeta es algo arrogante y suficiente, a ratos incluso impostada, muy propia de su edad. El de *Moralidades* es también un diario menos elaborado y más esquemático, donde Gil de Biedma no se preocupa tanto por la imagen que de sí mismo trata de ofrecer cuanto por lo que quiere averiguar, aprender y escribir (2015; 30).

Volviendo sobre las palabras con que Jaume se refiere al *Retrato*, "la cruda indagación de la intimidad en este capítulo, que solo la muerte del autor hizo legible, destruyendo la sostenida ambigüedad que con tanto trabajo había observado en sus poemas amorosos, es mucho más que un ensayo de desinhibición gratuita" (2015; 12).

La imagen pública que ha permanecido de Jaime Gil de Biedma es la de alguien con inquietudes tanto pandémicas como celestes, que busca casi constantemente un cuerpo (concretamente masculino, aunque hubiese tenido también algunos encuentros con el sexo opuesto) con el que yacer una noche. Esta imagen se la debemos al propio poeta. Si bien no quiso reconocer su homosexualidad y sus batallas en el ejercicio de Venus en vida, aun cuando el régimen franquista cayó, continuó transmitiendo esa imagen suya velada. Es esencial remarcar esta faceta amorosa, ya que gracias a documentos posteriores (por ejemplo, la película *El cónsul de Sodoma* o los *Retratos (con flash) de Jaime Gil de Biedma* de Luis Antonio de Villena) fue este aspecto el que más se resaltó.

Su imagen pública la completa un aura de bebedor aficionado a las fiestas nocturnas y de señorito de bien, o, mejor dicho, de dandi, pues en su perfil se distingue una inequívoca estirpe decadente, influida además por modelos culturales ingleses: "Que yo regrese de Filipinas sentimentalmente identificado con ese país [...] les parece tan irritante e insincero como mi regreso de Oxford empapado de la sensibilidad, el esnobismo y las maneras de la burguesía intelectual inglesa" (2015; 219).

Aunque de familia con inclinaciones franquistas, quiso pertenecer al partido comunista, en el que no llegó a militar, sin dejar por ello de oponerse al Régimen y expresar la compasión ante los desheredados. Precisamente uno de los pasajes más controvertidos de sus diarios –aquel en el que relata su experiencia ante un adolescente de Hong Kong con quien pretende acostarse y con quien no llega a consumir el acto— atestigua también una imagen desoladora de la miseria al describir el hogar del chico: el poeta pasa una noche terrible que jamás se borrará de su conciencia, sin hacer ruido para que el resto de miembros de la casa no se percatasen de su presencia, pero sintiendo casi hasta el latir de los corazones de todos ellos, en tan reducido cubículo. El relato concluye con las siguientes palabras:

Entonces algo me dejó aterrado: descubrí que yo me iría. Me iría de allí, me iría al hotel, me iría de Hong Kong, me iría a Manila y luego a España. Y en el hotel y en Manila y en España y en cualesquiera otros sitios adonde fuera, me tumbaría en una cama, tendría un cuarto de baño y una maquinilla de afeitar, una silla para sentarme y un libro que leer. [...] Y eso, la miseria absoluta, el vivir de continuo hostigados por las necesidades, aterrados, rechazados, retrocedidos al último escalón de la sobrevivencia, será su vida humana, será toda su vida.

Desde aquella noche han pasado más de dos semanas, procuro no recordarla demasiado, es una pesadilla cuya realidad voy aplazando; duele todavía y el día que deje de dolerme habré dejado de ser una persona decente (2015; 146).

Muestra, por tanto, su conciencia social y comportamiento humano frente a semejantes situaciones, como también hace en algunos poemas. Sirvan de ejemplo “La novela de un joven pobre”, pero también “Años triunfales”, “Apología y petición” o “Por lo visto”, sobre la situación que vivía España en la época. Llega a desmarcarse de esa burguesía franquista a la que por su familia pertenecía muy claramente, como manifiesta en el siguiente pasaje de su diario:

Cómo me sorprende siempre, en el trato con la alta burguesía –tan bien educada, tan bien provista de amables sentimientos y, en el caso de mi familia, tan simpática–, cuando un tópico que yo consideraba trivial de pronto les eriza, igual que si hubieran disparado un timbre de

alarma. Entonces revelan un egoísmo feroz y absolutamente sin resquicios, como un imperativo de la especie, un egoísmo que inhibe en ellos cualquier posible impulso de simpatía humana. La exhibición es escalofriante (2015; 287).

Jaime Gil de Biedma se dedicaba, de cara al público, a vivir la vida y disfrutar de cada conversación, momento, encuentro, fiesta, noche... Derrochador de encanto, confiado en sí mismo y en sus habilidades, mostraba todos estos rasgos casi de forma constante. En el documental que *Imprescindibles* (2016) dedica a Jaime Gil de Biedma, una de las sobrinas del poeta recuerda cómo le encandilaba escucharle hablar, y otros familiares y personas cercanas a la familia resaltan su vivacidad y gran carisma. Él mismo alude en su diario a su elocuencia (muchas veces con tintes irónicos), así como a sus dotes sociales, en este caso con una persona que no es de su agrado: “Le desconcierta que yo nunca hable del todo en serio ni del todo en broma, y nuestras discusiones –no tenemos otra forma de comunicación—se agrían muy pronto” (2015; 86). También en su diario recoge el parecer de Ferrater respecto a su persona: “Gabriel Ferrater dice que soy un caso de vocación equivocada. Que tengo un temperamento pragmático y un talento analítico, y por tanto mayor aptitud para la prosa que para la poesía” (2015; 328).

El poeta habla de sus juergas en muchas partes a lo largo de su diario. Muchas de ellas involucraban a otros creadores, tanto de su misma generación como de otras, ya fuesen anteriores o posteriores. Por ejemplo, así nos describe una tarde bastante alocada junto con algunos compañeros de pluma, donde además hace un alegato sobre el *carpe diem*, actitud a la que siempre respondía, sobre todo para construirse su imagen pública:

Sábado: Jaime Salinas marcha a Madrid por una semana. Almuerzo de despedida en su casa, con Han de Islandia, Gabriel y Juan Ferraté, Yvonne y Carlos Barral. Por la manera de beber, cualquiera pensaría que se va a la guerra para siempre. [...] Cuando vuelvo con Fred, Carlos se ha retirado a dormir la siesta. Luego nos dejan Yvonne y él: la tristeza de perder unos amigos tan queridos, recién empezado el fin de semana, es otro argumento más en favor del *carpe diem*. Sobreabundancia alcohólica. Yo bailo, brinco y me revuelco, y cuando me canso, inicio una complicada conversación con Gabriel acerca de [...] las frustradas esperanzas matrimoniales del Dictador [Primo de

Rivera] y de Mimí Castellanos, cuando interrumpe Jaime para decir que o cambiamos de conversación o nos echa de su casa (2015; 320-321).

Esta vitalidad y disfrute, actitud muchas veces impostada para esa construcción de un yo público, podía ser un reflejo del temor ante la eminencia de la muerte o, al menos un sentimiento semejante que lo preocupaba (no me atrevo a afirmar nada al respecto, ya que solo él podría, en todo caso, verificar estos derroteros). Desde bien pronto sintió —y hasta deseó o pretendió desear— que no moriría de viejo (sin saber que, desgraciadamente, no se equivocaría) y, además, en su actitud desenfadada y derrochadora ante la vida llega a experimentar una sensación de vejez prematura, actitud que reflejó en *Poemas póstumos*. Esto, tenga relevancia o no para la construcción de su yo público, también lo reflejó en su diario. A pesar de todo, nunca dejó de tenerle apego a la vida: “Comprendo que vivir indefinidamente sería un tedio horrible, pero sé que si me dejaran a mí la iniciativa no encontraría nunca el momento de marcharme” (2015; 278)

La vestimenta, tan importante a la hora de diseñar y proyectar una imagen de sí ante los demás, es algo de lo que Jaime Gil, “señorito de nacimiento”, se muestra bien consciente:

Resulta delicioso ponerse un pantalón de franela y un suéter de manga larga [...]. Con esa indumentaria, con los kilos que he puesto durante el mes de completo reposo y con la barba, ofrezco un aspecto verdaderamente imponente y satisfactorio (2015; 272).

Estreno por la mañana el esplendoroso suéter marengo que me han traído Ana Mari y Carmen. Con él, con la camisa blanca y con la barba, ofrezco en el espejo un aspecto interesante. Eso me pone de buen humor (2015; 282).

Pero la imagen pública del poeta viene dada en una parte importante por el testimonio de otros. Se podría afirmar que Jaime Gil de Biedma plantó la semilla y el resto continuaron con su labor incluso después de muerto. Destacaré a continuación tres de los innumerables testimonios que podrían traerse a colación. El primero viene dado por la lectura que realizó el poeta en la Residencia de Estudiantes el 9 de diciembre de 1988, y a la que el diario *El País* dedica en una pequeña pero reveladora crónica. En segundo lugar, me referiré a las palabras sobre Jaime Gil de Biedma que Luis Antonio de Villena escribe en

Retratos (con flash) de Jaime Gil de Biedma, ya después de muerto nuestro autor. Asimismo, haré referencia al testimonio de Olga Lucas en *La mujer del poeta. La generación de los cincuenta vista por Ellas*. Estos tres testimonios posteriores a la muerte del poeta vienen a poner de relieve aquel legado del *self-fashioning* que él inició.

El 9 de diciembre de 1988 Jaime Gil de Biedma realizó una lectura de una selección hecha por sí mismo *ad hoc* para la ocasión de algunos de sus poemas. Este acto público en la Residencia de Estudiantes fue grabado por la misma institución, de forma que hoy se pueden reproducir las palabras del poeta en cualquier lector de CD a partir de la edición publicada en 2001. Nos encontramos en la grabación con un hombre afectuoso hacia amigos suyos que le fueron muy queridos (dedica unas palabras a modo de homenaje a don Alberto Jiménez Fraud y Natalia Cossío, ligados anteriormente con la Residencia, palabras que deja para el final, según dice, para no emocionarse). La faceta de hombre cultivado sale a relucir con cada uno de sus poemas bajo el cobijo de pequeños comentarios sobre los mismos. El don de la palabra es suyo por completo. 1988 ha dejado ya atrás la censura que hubo durante el franquismo y Jaime Gil de Biedma expresa sus vivencias con total libertad. Por ejemplo, así sucede cuando explica: “Este poema está escrito en el año 62, cuando se empezaron a liquidar los costos inmediatos del programa de estabilización y nos dimos cuenta de que teníamos Franco hasta que el invicto falleciese de muerte natural. Y, realmente, fueron unos años muy deprimentes, nos sentíamos muy frustrados” (2001; 26).

La reseña publicada por *El País* el 12 de diciembre de 1988, unos días después de la lectura en la Residencia, está firmada por Alfonso Armada. Primeramente, comienza dando voz al poeta, quien desmiente, el hecho de que vaya a publicar más poemas, presentando de este modo ante el público su obra como un todo ya concluso. El cronista participa, con sus trazos, del sesgo decadentista presente en la imagen de Jaime Gil: “El poeta sigue diciendo frases desoladas con una sonrisa en los labios: “Uno ya se ha dado por derrotado por el paso del tiempo”” (1988). También encuentra digna de mención la opinión del poeta sobre algo en apariencia trivial, como el mobiliario de la propia Residencia: “Jaime Gil de Biedma parece encontrarse a gusto en la Residencia de Estudiantes, a pesar del mobiliario “de un gusto pésimo”, que atribuye a los secuaces de monseñor Escrivá de Balaguer. “Parece el despacho de un notario de provincias”” (1988).

La apreciación sobre interiorismo pasa a ser, como vemos, una puya con carga política. En pocas líneas, Armada condensa prosopopeya y etopeya, en la línea cultivada por el poeta a lo largo de su vida:

El poeta está en pijama, con la garganta reseca y la mente aletargada, al menos eso dice, aunque no ha perdido su proverbial humor ni su proverbial sentido de vida concluida. Tiene un aire entre japonés y romano. Sigue siendo bajo y airoso, con una nobleza que a duras penas oculta un espíritu un tanto caníbal, devorador de vida. Él mismo lo ha declarado en otras ocasiones: "Sometido a las emociones". Pero el estado actual de su alma es la tranquilidad. "No hay pasiones". Pero nunca se sabe (1988).

A pesar de que su actitud para con su público es la misma que la de siempre, hay algo que el poeta no puede controlar: el avance del SIDA y los efectos que en él produce. Podemos leer entre líneas la presencia del mal en el autor, aunque significativamente Armada no lo haga explícito: "A Jaime Gil de Biedma, ahora que hace un mes que cumplió 59 años, lo que más le importa en esa vida es estar bien, y lo que más odia es sentirse fatigado. Y confiesa que se siente fatigado con demasiada frecuencia. [...] A pesar de la fatiga, el poeta escaso no ha perdido el humor" (1988).

Como Luis Antonio de Villena declara ya después de muerto el poeta, todo el mundo sospechaba entonces de la inminente muerte del poeta, quien no había querido hacer pública su enfermedad. Era un secreto a voces. Así nos lo hace ver Villena:

Jaime Gil de Biedma murió de sida, y en los dos últimos años de su vida era *vox populi*, en el mundo literario, que lo padecía, pero jamás se dijo oficialmente (públicamente) hasta el momento de comunicar su muerte. En el último año (recluido en su casa de Barcelona) sólo los muy cercanos o muy íntimos lo veían. [...] Jaime sabía que se iba a conocer, pero no quería que se supiera —realmente—mientras él alentara. Con su homosexualidad le ocurrió algo muy parecido. Era un secreto a voces, que sólo *post mortem* quedó plenamente desvelado. Y eso que, en relativa intimidad, Jaime Gil era cualquier cosa menos discreto. [...] Habían sido demasiados años de interdicción y miedo. La doble vida y aún la doble moral resultaban consustanciales para muchos. Incluso para quienes parecían estar por encima de ellas (tan

mundanos, tan seguros) como Jaime, que tanto temió y quizá tanto luchó al respecto consigo mismo. (2006; 33-34).

Más adelante, Villena abunda en la cuestión:

Se anunció a bombo y platillo una lectura de Jaime en la Residencia de Estudiantes. [...] Era normal que una lectura de Jaime (entonces un poeta absolutamente encumbrado por la nueva generación) causara interés, aunque se supiera que nada nuevo iba a leer; pero aquello no era expectación sino casi un morbo *in extremis*. [...] En Madrid circuló la noticia —el chisme, la comidilla— de que esa lectura [...] sería la última que Jaime podría hacer. No le daban mucha más vida (2006; 44).

En los *Retratos (con flash)*, Villena nos atinadamente las circunstancias del encuentro poético en la Residencia. Aunque él se negó a ir a escuchar a Jaime Gil al recital (en un afán por no enfrentarse al fantasma de la enfermedad que acechaba a su querido compañero), no puede evitar ponerse el CD con la grabación al que anteriormente me he referido y comentarlo:

Sentado entre sillas, en un salón de lectura, grueso o robusto (como lo recuerdo en los últimos años) con el invariable vaso en la mano y el traje informal y exacto, Jaime está serio, intelectual e imponente, sin olvidar los toques de bohemia. [...] Un hombre maduro [...] y atractivo. Intelectualmente atractivo. Oída la lectura, descubro al Jaime de siempre en los poemas de siempre: seductor y estupendo. Íntimo, con poca intimidad, inteligente en penitencia, con su voz de deje altoburgués —ay— un tono más cansado de lo habitual y con un conato de emoción al principio. Más, con los bronquios cargados, la tos pesada y un momento [...] en que pide permiso al público, simpático, para tomarse un traguito de Bisolvón (2006; 45-46).

La estela de melancolía que envolvió al poeta en sus últimos años de vida fue *in crescendo*. A pesar de que conservaba su vitalidad, como anotaba la crónica de *El País*, siempre quedaba de fondo un cierto halo de pesadumbre. Hasta que, como anota Villena, “durante el último año de vida, Jaime Gil de Biedma desapareció de toda actividad pública. Se decía que estaba ya muy mal y que apenas salía de su casa de Barcelona” (2006; 46). Podemos decir, por tanto, que el SIDA obligó a nuestro poeta a pausar su autoconstrucción de la imagen pública, aunque incluso de este modo siguiera alimentándola.

Sin pena ni gloria pasaron sus pequeñas acciones reivindicativas a favor de la homosexualidad, hecho que *Retratos* sí que saca a la luz —en *El homosexual ante la sociedad enferma*, de 1978, se incluye un artículo del poeta donde habla, como su título indica, de la “Homosexualidad en la Generación del 27”, pero también puso título al primer número traducido en España de la revista *Gay Sunshine Interviews* de Norteamérica, la nueva *Cónsules de Sodoma*—por lo que no puede decirse que fuese un activista ni que tuviese una faceta pública de luchador por los derechos de los homosexuales. Esto concuerda con el silencio que mostró siempre ante el público a la hora de expresar su sexualidad, como queda ya expresado más arriba y a continuación en términos de Villena: “Cuando había y cuando no había censura [...] él seguía pensando en su familia y su trabajo, tan puritanos y tan conservadores” (2006; 54). De la misma manera, no puso en conocimiento de los demás (tan solo a un círculo bien reducido) la verdadera naturaleza de su enfermedad.

¿Qué decir, pues, de otras facetas que Jaime Gil mostró en público? En el libro de Villena no hay página en la que no se haga alusión a ese Gil de Biedma público. Por ejemplo, respecto a su faceta de “señorito”, Villena escribe lo siguiente:

¿Era Jaime el señorito que han dicho? Ni a mí ni a él nos gustaba esa palabra. Había dicho además (incluso durante el franquismo) que era de izquierdas, pero —realidad manda— que no ejercía. Había sido compañero de viaje del Partido Comunista de España, mucho antes, pero ya sabemos que al conocer que era homosexual, le cerraron la puerta. Cuando yo le conocí [...] se mostraba cercano al PSOE y a su rama catalana, entre la que tenía muy buenos amigos. Pero ello no obstaba para que Jaime supiera que era rico y “chico bien” (rico que trabajaba, eso sí) y se comportara como tal. No con ostentación evidente —que hubiera juzgado de mal gusto—pero con ostentación implícita (2006; 90).

Sin embargo, considero que la imagen de señorito que construyó a partir de ser un “chico bien” no está en contradicción al factor político. Ambos, definitivamente se dieron. ¿Por qué, si no, tantas alusiones a su forma de vestir y a su porte? Ana María Moix, en el prólogo de la obra, vuelve a aludir a ellas: “Con su cabeza de emperador romano, con chaqueta cruzada y andar zalamero; y le he visto, copa en mano, acodado en la barra de varios bares” (2006; 3-4).

Por tanto, cuanto menos, puede ser considerado un rasgo autoconstruido llamativo en el poeta.

Respecto a la faceta de agotador de noches y fiestas, Villena reconoce que él y otros poetas de su edad llamaban a los poetas de la Generación del 50 “la generación del coma etílico” (2006;76).

Retratos (con flash) de Jaime Gil de Biedma es, en fin, otra obra imprescindible en la elaboración de la imagen del poeta. Ciertamente, Villena alude a acontecimientos más personales y puede (o no) que exagere en otros aspectos, pero siempre se puede sacar en claro una imagen del poeta, sobre todo en sus años finales de vida. Como sentencia el propio Villena, de Jaime Gil podemos afirmar que “era un gran poeta, pero no podía dejar de ser –parigualmente– un gran personaje” (2006; 91). *Retratos (con flash)*, por su parte, es un monumento “al hombre inteligente, sarcástico, divertido, irónico y brillante que fue. También al Jaime final, ligera y educadamente melancólico” (2006; 3), según palabras de Moix.

Para cerrar este artículo, me gustaría hacer referencia, como no puede ser de otra forma, a la magnífica fotografía que fue Colita (Isabel Steva Hernández), pues se encargó de retratar, entre tantos otros movimientos y poetas de su generación, a Jaime Gil de Biedma. Ella, sin duda, conoció también de cerca al poeta y supo explotar su imagen pública, plasmándolo en sus fotografías. Un rápido vistazo a su página web puede dar cuenta de ello. Y así lo confirma ella misma en *La mujer del poeta*, un libro donde se transcriben las intervenciones de las mujeres de los poetas (y otras de la generación, como la propia Colita) en un ciclo de conferencias que tuvo lugar entre abril del 2007 y mayo del 2008 en Jaca, donde las protagonistas eran ellas, aunque se centrasen en hablar de sus maridos. Colita intervino en una de las mesas redondas y, a razón del comentario de una de ellas sobre las fotos de sus esposos (que debieron de estar expuestas en el lugar del ciclo de ponencias), la fotógrafa le dedicó unas palabras a Jaime Gil de Biedma –de quien no se había hablado mucho más en todo el ciclo, pues nunca se casó, como cabe recordar:

Yo he tenido una enorme ventaja sobre todas estas damas: no eran mis maridos, eran mis amigos. Por tanto, tuve lo mejor de ellos, tuve su compañía, sus risas. Y también algunos momentos amargos compartidos, que para eso están los amigos. Pero me llevé la mejor parte y lo que he transmitido de ellos ha sido su imagen, la más

hermosa que pude obtener. Para muestra, ahí están las fotos de Jaime Gil, en las que está tan guapo que no se puede aguantar. Y así tiene que pasar a la historia. Era el hombre más seductor, más guapo que he conocido en mi vida. Pues así tiene que ser, así tiene que verse (2009; 111).

Así fue la *gauche divine*, la divina izquierda de Barcelona, tan cosmopolita, a la que pertenecieron Colita y el propio Jaime Gil de Biedma, además de muchos otros artistas de su generación, artistas que, en palabras de Vilarós, sintieron como propio “el espectáculo propiciado por un abanico de gestos cosmopolita-elitistas e izquierdo-afrancesados y, sobre todo y ante todo, la masiva nueva escenificación pop-anglicanizada” (2000; 178), es decir, el llamado *self-fashioning* o la autoconstrucción de una imagen pública.

BIBLIOGRAFÍA

- Armada, Alfonso (1988): “Jaime Gil de Biedma: «No creo probable que vuelva a escribir un solo verso más»”, en *El País*, Madrid, Ediciones El País S.L.
- Escandell Montiel, Daniel (2015): “La marca yo y los autores en internet. Estrategias y espacios de presencialidad en la sociedad-red para la literatura de consumo”, en *Studia Iberica et Americana. Journal of Iberian and Latin American Literary and Cultural Studies*, Fullerton, California State University, Year 2, Issue 2.
- Gil de Biedma, Jaime (1982): *Las personas del verbo*, Barcelona, Seix Barral.
- ____ (2015): *Las personas del verbo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- ____ (2015): *Diarios: 1956-1985*, Barcelona, Lumen.
- Greenblatt, Stephen (1984): *Renaissance self-fashioning. From More to Shakespeare*, Chicago & Londres, The University of Chicago Press.
- Lucas, Olga (2009): *La mujer del poeta. La generación de los Cincuenta vista por Ellas*, Zaragoza, Mira Editores.

- Mistrorigo, Alessandro (2013): “Manuel Vázquez Montalbán leyendo sus poemas: cuerpo y voz, escritura y autoría”, en *Caracteres. Estudios culturales y críticos de la esfera digital*, vol. 2, n. 1, pp. 154-168.
- Moix, Ana María (2002): *24 horas con la Gauche Divine*, Barcelona, Lumen.
- Morán Rodríguez, Carmen (2018): “La imagen *afterpop* del escritor: de la televisión a las redes sociales”, en *Letral*, Universidad de Granada, Granada, n. 20.
- Naval López, María Ángeles, et alii (2010): *Televisión y Literatura en la España de la Transición (1973-1982)*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico” (CSIC).
- Peláez, Ana María [dir.] (2016): “Gil de Biedma”, en *Imprescindibles*, Madrid, TVE, 59’39”.
- Polop, Francesc [Archive Managment]: *Colita*. Página web oficial de la fotógrafa. Última consulta: 2/5/2019.
- Residencia de Estudiantes (2001): *La voz de Jaime Gil de Biedma. Poesía en la Residencia*, Madrid, Residencia de Estudiantes.
- Vilarós, Teresa M. (2000): “El menú del Vía Veneto, o la intelectualidad espectacular. (La *Gauche Divine* de Barcelona, alrededor de 1971)”, en *Tropelías: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, n. 11, pp. 169-180.
- De Villena, Luis Antonio (2006): *Retratos (con flash) de Jaime Gil de Biedma*, Barcelona, Seix Barral.